

## El Utilitarismo de Juan Stuart Mill

Discípulo de Jeremías Bentham, quien fuera amigo de su padre. Stuart Mill acoge la moral utilitaria del maestro, pero intenta perfeccionarla con la afirmación de la superioridad de los placeres espirituales sobre los materiales y con la subordinación del interés personal al interés general de la humanidad. El fin último de las acciones es el placer; pero el hombre, por su carácter social, empieza a relacionar su propio bienestar con el de los demás, y termina por transformar su egoísmo en el más desinteresado altruismo. Se trata de una metamorfosis de los sentimientos, según la doctrina de Hartley, en base a la ley de la asociación.

**E**n realidad, Stuart Mill no se halla satisfecho con la moral de Bentham, filiación directa del hedonismo cirenaico; y por lo tanto trata de introducir en ella un elemento superior, originando así ese dualismo el cual le fué reprochado, que consiste en el hecho de que permanece fiel al principio de utilidad, pero lo quiere completar, tratando de ponerlo en armonía con la filosofía de la personalidad. Sin embargo su agnosticismo le impide tener una noción exacta del bien moral, pues considera como algo immanente el fin supremo del hombre (la felicidad del mayor número), mientras que éste está ordenado por el Creador hacia un fin sobrenatural, que es Dios mismo.

Afirma Stuart Mill que el fin último de las acciones es, de acuerdo a la máxima de Bentham, la felicidad: "Las acciones son buenas en proporción a su tendencia a producir la dicha; malas si tienden a producir lo contrario de la dicha. Por dicha entiéndese placer o ausencia de pena; por desgracia, pena y ausencia de placer" (1). Las únicas cosas deseables son el placer y la ausencia de la pena.

Los adversarios del utilitarismo se engañan, dice Mill, cuando sostienen que la moral del placer puede servir, cuanto más, para los animales, pues todo lo refiere al placer considerado bajo su forma más grasera. Los filósofos epicúreos han contestado, con razón, que no eran ellos sino sus enemigos los que rebajaban la naturaleza humana, suponiendo que los hombres no son capaces de otras satisfacciones que las de los cerdos. En efecto, la doctrina epicúrea estimaba que los placeres del espíritu estaban en grado superior a los de los sentidos (recuérdese la distinción de Epicuro entre placeres en reposo y placeres en movimiento). Sin embargo los filósofos utilitarios, y sobre todo Bentham, se han limitado en hacer valer en los placeres solamente la cantidad: duración, certeza, intensidad, etc., considerando las ventajas que aquéllos producen, más que su naturaleza intrínseca. En cambio Stuart Mill cree encontrar en el placer un principio que permita situarse por encima del placer mismo y hacer una diferenciación entre los goces. Propone, pues, introducir el principio de la *calidad* en la valuación de los placeres. Hay placeres nobles, verdaderamente humanos, que han de ser preferidos aun cuando traigan como consecuencia grandes dolores; y hay placeres abyectos los cuales, aunque más intensos, deben ser sacrificados a los primeros. Es por eso que los placeres del espíritu

y del corazón deben privar, debido a su superioridad intrínseca. De ese modo la moral utilitaria se eleva a una mayor jerarquía.

Pero, ¿cómo reconocer la calidad superior de un placer, cómo establecer una diferenciación cualitativa entre los goces? Stuart Mill, fiel a su método empírico, apela al veredicto de las personas competentes, o sea, de las que han hecho experiencia de placeres bajos y elevados. Si hay disidencia, débese atender a la mayoría. "Si entre dos placeres hay uno al cual todos o casi todos aquellos que los han experimentado dan la preferencia, sin estar impelidos a esa preferencia por ningún sentimiento de obligación moral, se puede afirmar que ése es el placer más deseable. Si uno de los dos placeres está situado por las personas competentes muy por encima del otro, si bien sea muy difícil de alcanzar es indudable que el primer placer es muy superior al segundo en calidad, aunque puede ser inferior en cantidad".

Ahora bien, ¿cuál es la forma de existencia que ese tribunal de personas competentes declara superior? Escuchemos otra vez a Stuart Mill: "Es un hecho innegable que aquellos que conocen y son capaces de apreciar dos maneras de vivir, dan la preferencia a la que les permita hacer uso de sus facultades más elevadas... Ninguna persona inteligente consentiría en enloquecer, ningún hombre culto en hacerse ignorante; ninguna persona de sentimientos elevados y de conciencia querría hacerse egoísta y vil...". Y termina con estas palabras tan conocidas: "Más vale ser un hombre desgraciado que un cerdo satisfecho; es mejor ser Sócrates descontento que un idiota feliz. Y si el imbécil y el cerdo opinan de diferente manera, es porque no conocen más que una faz del asunto" (2).

A pesar de las nobles declaraciones de Mill, la moral del placer no queda justificada. La superioridad de un placer con relación a otro no puede encontrarse en el placer mismo, porque el placer en sí no es ni bueno ni malo. Todo depende del objeto al cual se refiere. El placer, en efecto, es el reposo de la facultad apetitiva en la posesión de un bien conveniente; supone, pues, la posesión del bien, el cual es la causa del placer y confiere a éste su carácter moral. Sólo cuando el bien poseído conviene al hombre racional, será moralmente bueno el placer que de él deriva. Por consiguiente no es cierto, como sostiene la moral utilitaria, que lo útil coincide con lo agradable, sino que lo útil se identifica con lo honesto, esto es, lo que está conforme con la naturaleza racional del hombre.

Es oportuno recordar la enseñanza de Santo Tomás de Aquino con relación al bien moral: "Debe decirse pues que hay algunas delectaciones buenas y otras malas; porque la delectación es el reposo de la potencia apetitiva en algún bien amado a consecuencia de alguna operación. Así se la puede considerar bajo dos aspectos: primero de parte del bien en que alguno se deleita tranquilo; pues *lo bueno o malo moralmente se califica según su conformidad o desacuerdo con la razón...* así en el orden moral hay cierta delectación buena, en cuanto el apetito superior o inferior descansa en lo que es conforme a la razón; y cierta delectación mala, por descansar en lo discordante de la razón y la ley de Dios" (3). Distínguese el bien en honesto, útil y deleitable, división olvidada por los filósofos utilitarios. "...En el movimiento del apetito, aquello que es apetecible

y que termina relativamente el movimiento del apetito, como medio por el cual se tiende a otra cosa, se llama útil. Mas lo que se apetece como lo último que termina completamente el movimiento del apetito, como cualquier cosa hacia la cual por razón de sí misma se dirige éste, se llama lo honesto por razón de sí mismo. Así como lo que pone término al movimiento del apetito, cual sucede con el reposo en el objeto deseado, es lo deleitable" (4). La delectación será buena o mala según el fin, según el bien apetecido: "Al argumento primero diremos que lo honesto y lo útil se dicen según la razón, y por lo tanto nada hay honesto o útil, que no sea bueno; mas lo deleitable se refiere al apetito, que tiende algunas veces a lo que no es conveniente a la razón: por lo cual no todo lo deleitable es bueno con bondad moral, que se aprecia según la razón" (5).

El sumo bien no es el placer, sino aquello que está conforme con la naturaleza racional del hombre. La diferenciación cualitativa entre los placeres no puede hacerse sino en base a un principio superior al placer mismo, esto es, abandonando la moral utilitaria. Si el fin último es el placer, si, como dice Stuart Mill, "no se quiere más que lo que se desea, y sólo se desea su placer", la moral queda reducida a algo sumamente subjetivo, variable según las personas y las circunstancias. Y si apelamos, como quiere Mill, al juicio de las personas competentes, no tendremos más que juicios contradictorios, pues cada cual entiende a su manera la felicidad. Mill juzga con criterio muy optimista a los hombres y no tiene en cuenta su naturaleza caída. No es siempre verdadero que los que han experimentado dos clases de placeres, prefieran el placer más elevado, sino que a menudo puede suceder lo contrario.

Irene Arias.

(Continuará.)

- (1) Stuart Mill, "L'Utilitarisme", trad. franc., edición Les classiques, pour tous, pág. 23.
- (2) "Utilitarisme", págs. 25-26.
- (3) Summa Theologica, I.<sup>a</sup>, II.<sup>ae</sup>, quæ. 34, art. 1.
- (4) Summa Theologica, I.<sup>a</sup>, II.<sup>ae</sup>, quæ. 5, art. 6.
- (5) Summa Theologica, I.<sup>a</sup>, II.<sup>ae</sup>, quæ. 34, art. 2.